

LXXV

Así concluye, y damas, caballeros,
 Pajes, caudillos, presurosa aduna,
 Y en trajes, en arneses y en aperos
 El arte emplea y la real fortuna.
 Párte, y sin descansar, dias enteros
 Así camina al sol como á la luna,
 Hasta llegar donde la amiga hueste
 Cubre de Gaza la llanura agreste.

FIN DEL CANTO DÉCIMOSEXTO.

CANTO DÉCIMOSEPTIMO.

Reseña y partida del ejército egipcio, al que se junta Armida.
 Escudo de Reynaldo y genealogía de la casa de Este.

I

Gaza es ciudad al fin de la Judea,
 En via que á Pelusio se encamina,
 Junto al mar asentada, y que rodea
 Llano inmenso de suelta arena fina,
 Que como Austro á la onda que golpea,
 Viento que recio sopla arremolina,
 Y hace que el peregrino pueda apénas
 Senda hallar en las móviles arenas.

II

Del rey de Egipto es la ciudad frontera,
 Que hace gran tiempo al Turco la ha ganado.
 Viéndola cuán cercana y propia era
 A la empresa en que ahora está ocupado,
 Dejó á Menfis, su corte verdadera,
 Y allí trasladó el trono: allí juntado
 Había de provincias diferentes
 Innumerables haces y potentes.

III

Dime, Musa, el estado en que se hallaba
Aquel imperio, y el Soldan guerrero,
Y entre las muchas gentes que allegaba,
Quién era siervo dél, quién compañero,
Cuando á guerrear, del Mediodía alzaba
Pueblos y reyes y el Oriente entero;
Armas y jefes cuente yo facundo
Y enseñas que allí junta medio mundo.

IV

Después que rebelado, independiente
De Grecia, se hizo Egipto fe mudando,
De Mahoma, por sangre un descendiente
Tirano allí se alzó con trono y mando.
Califa se llamó y perpetuamente
El sucesor así se ha ido nombrando.
Así vió el Nilo en largas sucesiones
Tolomeos y antiguos Faraones.

V

Ya con el tiempo el reino establecido
Tal ensanche y poder tan grande obtiene,
Que en Asia, Libia y Siria se ha extendido
Y al marmárico límite y Cirene,
E internándose más contra el crecido
Curso del Nilo, avanza sobre Siene:
De allí sigue al país deshabitado
De Sabá y del Eufrates celebrado.

VI

A diestra y á siniestra en sí comprende
La olorosa marisma y mar sonante.
Del Eritreo pasa mucho allende
Hácia donde amanece el sol radiante.
Grande fuerza es la suya, y más la extiende
Su actual rey en valor y armas pujante:
Señor lo hizo la sangre, y más sus partes,
Experto en reales y en guerreras artes.

VII

Con turcos y de Persia con la gente
Sostuvo guerras con fortuna varia:
Fué vencido y venció, grande y valiente
Más que en el triunfo, en la ocasion contraria;
Hoy que ya el peso de armas no consiente
La edad, la espada deja sanguinaria;
Mas no abandona su ánimo la guerra,
Ni la ambicion de honores y de tierra;

VIII

Otros por él guerrear, y aun mantiene
Tan vigoroso aliento y tan gran seso,
Que el vastísimo imperio que sostiene,
No parece á sus años grave peso.
Los varios reinos de Africa contiene
Su nombre; el indio le respeta ileso,
Y dánle otros auxilio voluntario,
Quién de armas, quién de oro tributario.

IX

Ese gran rey sus fuerzas ora aduna,
O más bien, ya reunidas las compone
Contra el naciente imperio y la fortuna
Franca que en triunfo incierto se le opone.
Ultima llega Armida, aunque oportuna
Cuando la gran reseña el rey dispone;
Fuera del muro, en un extenso espacio
El ejército ante él marcha despacio.

X

Está en sublime trono, al que se asciende
Por cien gradas ebúrneas, asentado;
De plata un cielo arriba dél se extiende;
Su pié en púrpura y oro está posado;
Bárbaro y rico manto al hombro pende
Correspondiente á su imperial estado;
Blanquísimo cendal torcido forma
De diadema en su frente extraña forma;

XI

El cetro empuña. Hace la barba cana
 Severa y venerable su presencia:
 Sus ojos que aun no apaga edad anciana,
 De su ánimo y vigor dan evidencia:
 Muéstrase en cada accion la soberana
 Majestad de sus años y potencia.
 Quizás Fidias ó Apeles tal semblante
 Dió á Júpiter, mas Júpiter tonante.

XII

Tiene á la diestra mano y la siniestra
 Dos sátrapas insignes. El más digno
 Alza la espada en que el rigor se muestra;
 Al otro el sello de su oficio es signo:
 Guarda éste sus secretos y demuestra
 Cómo el gobierno se haga más benigno;
 Manda aquel el ejército, y con plena
 Autoridad, señala al crimen pena.

XIII

Del trono al pié se agrupa en pelotones
 Guardia fiel de piqueros circasianos.
 Usan coraza y anchos alfanjones
 Curvos, que se manejan á dos manos.
 De lo alto, caballos y peones
 Mira el rey ante sí pasar ufanos,
 Y al llegar á su frente las hileras
 Ante él rinden las armas y banderas.

XIV

La marcha el pueblo egipcio viene abriendo
 Con cuatro jefes: dos de la montaña;
 Dos del bajo país que va creciendo
 Del limo que las aguas acompaña:
 El Nilo, alfaques en el mar tendiendo,
 Forma suelo feraz, rica campaña.
 Así creció el Egipto. Adentro hoy puesta
 La que fué al navegante costa expuesta.

XV

En el tercio primero va la gente
 Que Alejandría habita en fértil llano,
 Y la ribera vuelta al Occidente,
 Donde empieza ya á ser suelo africano.
 Su jefe Araspe es, jefe eminente
 Más en ingenio, que en vigor de mano;
 De emboscadas furtivas gran maestro,
 Y en guerrear á la morisca diestro.

XVI

Siguen los que á la parte de la Aurora
 En la costa del Asia hacen su asiento;
 A su jefe Aronteo no decora
 Prez ó virtud, mas sólo el nacimiento.
 Aun no gastó la malla cansadora
 Ni del clarín le despertó el acento;
 Mas de cómoda y suave, á dura vida
 Ambicion repentina le convida.

XVII

El tercer escuadron más bien parece
 Ejército que el campo y playa henchia;
 Creese apénas que Egipto pan ofrece
 A tantos. La ciudad que los envia
 Sola, provincia grande ser merece:
 Mil lenguas en sus muros contenia.
 Del Cairo hablo. Su gente poco usada
 A las armas, por Címpson es mandada.

XVIII

Sigue á Gazel la turba que la siega
 En el vecino campo habia hecho,
 Con la que mora adonde el rio llega
 A su segundo precipicio estrecho.
 En pos la pleble á quien guardar se niega
 La frente en yelmo y en coraza el pecho,
 Con sólo arcos y espadas; mas vestidos
 Ricos, en el despojo apetecidos.

XIX

Con Alarcon la tribu despreciable,
 Desnuda y casi inerme, de la Barca,
 Que gran tiempo su vida miserable
 Alimentó robando la comarca.
 Méenos mala, aunque inepta y poco estable,
 Su gente de Zumára guía el monarca,
 Y el de Trípoli luego: ambos mañeros
 Y en guerra irregular buenos guerreros.

XX

Siguense los dichosos moradores
 De la Arabia Feliz y la Petrea,
 Que no sienten de frios ni calores
 Excesos, si á la fama es bien se crea,
 Donde nace el incienso y los olores;
 Donde el Fénix renace, que la tea
 A sí mismo aplicando, halla en un punto
 Entierro y nuevo nacimiento junto.

XXI

Eran, si méenos ricos en vestido,
 A los de Egipto en armas sehejantes.
 Otros árabes pasan que no han sido
 En habitar algun lugar constantes:
 Siempre en móviles tiendas han vivido
 Que trasportan de un punto al otro, errantes.
 Femenil la voz tienen y estatura,
 Largo y negro cabello y faz oscura

XXII

De luengas cañas de Indias van armados
 Con aceradas puntas, en bridones
 Que de aquilon diríanse llevados,
 Si hubiera tan veloces aquilones.
 Por Sifaces los unos son mandados,
 Forman otros de Aldin los escuadrones;
 Guía el resto Albíazar, malvado y fiero,
 Homicida, ladron, no caballero.

XXIII

La turba sigue que dejado habia
 Las islas que de Arabia el mar circunda
 Y que pescando recoger solia
 La concha en perlas nítidas fecunda.
 Los negros luego que la costa envia
 Que á mano izquierda el Eritreo inunda.
 Agricalte unos, otros manda Osmida
 Que de honra, de fe ó leyes no se cuida.

XXIV

De Meróe los etiopes despues vienen,
 Isla que forma el Nilo por un lado;
 A otro Astróbora baña. Se contienen
 Tres reinos en su giro dilatado;
 Canario y Asimiro el mando obtienen
 De dos. Ambos de Islam la fe han jurado
 Y al Califa tributan. El tercero
 No viene, que al Dios sirve verdadero.

XXV

Traen dos feudatarios en seguida
 Gran golpe de flecheros á esta guerra:
 Uno es sultan de Ormuz, isla ceñida
 Del golfo persa, noble y bella tierra.
 El otro de Boecan, tambien florida
 Isla hecha, si la alta mar la encierra;
 Mas que en el flujo bajo en seco queda
 Tanto, que á pié llegar á ella se pueda.

XXVI

Ni á tí, Altamoro, bajo el caro techo
 Detener pudo tu consorte amada:
 Lloró, mesó el cabello, hirió su pecho
 Por estorbarte la fatal jornada.
 "Crüel, decia, ¿más que el casto lecho
 "Y mi vista, el horrible mar te agrada?
 "¿Las armas te serán peso más grato
 "Que nuestro caro hijuelo, tu retrato?"

XXVII

Es rey de Samarcanda. La corona
Libre, lo ménos es de su grandeza:
En armas diestro, apuesto en la persona,
Todo en él es valor y gentileza.
El Franco sentirá cual la pregona
La fama, largo tiempo su braveza.
Lleva su gente al pecho la coraza,
La espada al cinto, en el arzon la maza.

XXVIII

De la India Oriental, donde remota
Vive la Aurora, viene Adrasto fiero;
Cubre su busto en vez de férrea cota,
De un dragon verde y negro el recio cuero;
De un monstruoso elefante el flanco azota
Cuyos lomos oprime caballero;
De este lado del Ganges es su gente
Que se baña en el indio mar potente.

XXIX

Lo que sigue es la flor de la milicia
De aquel gran rey, guerreros elegidos
A quienes honra, premia y acaricia,
Y en paz y en guerra tiene distinguidos
Por sus bríos, lealtad, fuerza y pericia:
Montan nobles corceles escogidos,
Y los purpúreos mantos y armas lucen
En que el acero y oro al par relucen.

XXX

El cruel Alarco, el táctico Odemaro
Vienen con Idraorte valeroso,
Y Rimedon, que por su audacia claro,
Desprecia hombres y muerte jactancioso.
Tigran, Rapaldo, el gran corsario avaro
Que el mar domina, Ormondo, y el famoso
Marlabusto, el Arábigo nombrado
Porque árabes rebeldes ha domado.

XXXI

Allí Orindo, Arimon, Pirga, Brimarte
Tomador de ciudades, y Suifante
Diestro en domar caballos; y en el arte
De la lucha maestro, Aridamante,
Y Tisaferno, aquel rayo de Marte
A quien nadie á igualar fuera bastante,
Ya á pié combata, ya la silla oprima,
Ya lanzas corra, ya la espada esgrima.

XXXII

Mándalos un armenio, que arrastrado
Fué de la santa fe, á la engañadora
De Islam, mancebo aún. Era llamado
Clemente, y Emiren se nombra ahora:
Leal por lo demas, del rey amado
Más que algun otro que en su corte mora,
Jefe á un tiempo y soldado, reunia
Gran corazon, prudencia y valentía.

XXXIII

Nadie ya falta. De improviso Armida
Con su hueste, en la muestra se presenta;
Arco y aljaba lleva; alto ceñida
La túnica; en sublime carro asienta;
A su belleza natural unida
La cólera que há poco el pecho alienta
Vigor le da. La linda y cruda maga
Quiere espantar, y amenazando halaga.

XXXIV

Semeja el carro al en que nace el día,
De piropo y jacintos reluciente,
Y el entendido auriga frena y guía
De unicornios dos pares, diestramente.
Cien doncellas, cien pajes conducia,
Arqueros de gallardo continente,
Que en caballos cual nieve van montados,
Ágiles, bien regidos y alentados.

XXXV

Su tropa sigue, de Aradin al mando,
Que alzó en Soría de Idraote el celo.
Como recién nacido el Fénix cuando
Sus etiopes á ver dirige el vuelo,
Y el galano plumaje va ostentando
En collar y en penacho por el cielo,
Asombra al mundo; en pos y en torno gira
La alada turba que le ve y admira;

XXXVI

Así Armida pasó, maravillosa
En su traje, maneras y semblante.
Alma tan inhumana ó desdeñosa
De amor, no hay que no se rinda amante.
Apénas vista, grave y cuidadosa
Puede á tantos prender en un instante;
¿Qué será si depuesto el duro ceño
Toma dulce mirar, rostro halagüeño?

XXXVII

Cuando ella hubo pasado, el rey dispone
Que ante el trono Emiren se le presente;
Darle el supremo mando se propone
Y hacerlo sobre todos eminente.
Esperando que el rey le galardone
Acude él con erguida altiva frente;
La guardia circasiana en dos se hiende
Al trono abriendo paso, y él asciende;

XXXVIII

Dobla frente y rodilla, y lleva luego
La diestra al pecho. El rey á hablar empieza:
"Hé aquí este cetro; á tí, Emiren, entrego
"Mis gentes; de ellas sé por mí, cabeza.
"Librar al rey sitiado en tí delego
"Y del franco humillar la avilanteza;
"Llega, ve y vence: no quede un vencido:
"El que no muera, preso sea traído."

XXXIX

Así el tirano habló; del soberano
Mando, tomó el baston el caballero:
"Recíbolo, Señor, de invicta mano,
"Dijo; en tu auspicio confiado espero
"Que el Asia he de vengar del vil cristiano.
"Pues de tus jefes me haces el primero,
"No volveré si no es con la victoria:
"Si soy vencido, moriré con gloria.

XL

"Al cielo pido que si está dispuesto
"Que mal (lo que no creo) nos suceda,
"Sobre mí solo, á todo riesgo puesto,
"Que su cólera caiga me conceda,
"Y el ejército salvo, no funesto,
"Fausto más bien mi fin llamarse pueda."
Dice, y se alzan del pueblo los acentos
Con gran fragor de extraños instrumentos.

XLI

Entre la grita y ruido que no cesa,
Con sus nobles, el rey de reyes páрте;
Al pabellon llegados, rica mesa
A los grandes acoge. El rey aparte
Cuánto ama á cada cual cortés expresa,
Y manjares y honores les reparte.
Armida ve cuánto á sus trazas presta
Oportuna ocasion la alegre fiesta.

XLII

Levantadas las mesas, ella viendo
Que su hechicero rostro todos miran,
Y en no equívocos signos conociendo
Que su dulce veneno ya respiran,
Se alza, y al rey los ojos dirigiendo
En que orgullo y temor juntos traspiran,
Cuanto puede magnánima y airada
Mostrándose en el rostro y la mirada,

XLIII

Dice: "Supremo rey, tambien yo vengo
 "Donde fe y patria á combatir me llama.
 "Hembra soy; mas real hembra, y sostengo
 "Que á la que es reina el guerrear no infama
 "Reinar queriendo, artes reales tengo;
 "Que espada ha de esgrimir quien cetro ama.
 "Sabrá la mia, que no huelga inerte,
 "Herir, y dar con sus heridas muerte;

XLIV

"No pienses que hoy es la ocasión primera
 "Que así de alta ambicion soy impulsada,
 "Por tu imperio y la fé, de igual manera
 "A pelear ya de ántes avezada;
 "Recordar debes, si otra vez yo hiciera
 "En pro tuya una hazaña señalada,
 "Que fué que de los héroes primeros
 "De la cruz, muchos hice prisioneros;

XLV

"Presos, con guarda que juzgué segura,
 "A tí los remití cual don precioso,
 "Y aun se hallarian en prision oscura
 "Guardados con cuidado riguroso,
 "Y más cierto estuvieras por ventura
 "De recobrar, triunfando, tu reposo,
 "Si aquel feroz Reynaldo no venciera
 "La fuerte escolta, y libertad les diera.

XLVI

"Quién Reynaldo es se sabe, y lo que cuenta
 "Dél la fama que á todo el mundo alcanza;
 "El autor despiadado es de mi afrenta
 "De que aun con mengua estoy y sin venganza.
 "Esto, de pelear mi anhelo aumenta
 "Y me hace insoportable la tardanza.
 "Cuál es mi agravio ahora no refiero,
 "Esto baste saber: venganza quiero,

XLVII

"Y la he de perseguir. No siempre en vano
 "Rasgan las flechas el tranquilo ambiente;
 "Sino el cielo tal vez con justa mano
 "Las endereza al pecho delincuente.
 "Mas si hay quien de aquel bárbaro inhumano
 "La execrada cabeza me presente,
 "Esta venganza de otro yo aceptara,
 "Aunque mia más noble la estimara.

XLVIII

"Gustosa, al vencedor concederia
 "El don mayor que de mi arbitrio pende:
 "Con un tesoro en dote me tendria
 "Por esposa, si á dicha lo pretende:
 "Sobre ello empeño la palabra mia,
 "Y al cielo juro, donde más se extiende;
 "Si pues el galardón á alguno obliga
 "Al riesgo, luego muéstrese y lo diga."

XLIX

Miéntas de esa manera Armida hablaba,
 Contemplábala Adrasto codicioso:
 "No quiera Dios que tu arco ni tu aljaba
 "Uses—dice—en el bárbaro alevoso.
 "Para el vil que tus gracias insultaba
 "Fuera tu golpe por demas honroso.
 "Si ministro á tus iras ser merezcó,
 "Su cabeza execrada en don te ofrezco.

L

"El corazon le arrancaré; alimento
 "Dará su cuerpo á buitres carniceros."
 Dijo así Adrasto con terrible acento.
 No sufre Tisaferno aquellos fieros.
 "¿Quién eres—dice—tú que ese ardimiento
 "Muestras, presente el rey y sus guerreros?
 "Aquí hay quizás quien dome esa arrogancia
 "Y hechos, sin hablar con tal jactancia."

LI

Responde el indio bravo: "Soy quien raras
 " Palabras tiene, y prontas las acciones;
 " Y si en otro lugar así me hablaras,
 " Dicho hubieras tus últimas razones."
 Siguiera; pero el rey, con muestras claras
 De enojo, acalla entrambos campeones
 Y á Armida vuelto, dice: "Dama hermosa,
 " Varonil alma tienes y animosa,

LII

" Y bien mereces que en tu obsequio enfrenen
 " Uno y otro su cólera violenta,
 " Y que, como tus voces les ordenen,
 " Contra el follon la vuelvan que te afrenta:
 " Más bien así la empleen; campo tienen
 " Do muestren el valor que á ambos alienta."
 Calló, y hacen los dos promesa nueva
 De que en vengarla se pondrán á prueba.

LIII

Ni ellos solos; mas todo el que alardea
 De pujanza, destreza y valentía,
 Vengarla jura intrépido, y desea
 Ser quien le ofrezca la cabeza impía.
 Tanta saña, arma tanta, á la pelea
 Mueve ella contra aquel que adoró un día:
 Él en tanto la orilla del mar deja
 Y navegando próspero se aleja.

LIV

Los rumbos mismos que al venir trajera,
 Al volver la barquilla va tomando,
 Y el viento que gozó la vez primera
 No ménos sopla favorable y blando.
 El del polo, ó las osas, ó en la esfera
 Las brillantes estrellas va mirando
 En las noches serenas. Rios, montes
 Ve de día en los vastos horizontes.

LV

Del campo la labor, la varia usanza
 Nota en cada region de extraña gente.
 Por las saladas ondas tanto avanza,
 Que mira el cuarto sol en el Oriente;
 Y cuando ya su ocaso aquel alcanza,
 Tierra la nave toma finalmente.
 La dama entónces dice: "A Palestina
 Llegaste: nuestro viaje aquí termina."

LVI

Los tres guerreros en la playa deja
 Y en el instante mismo desaparece;
 Llega en tanto la noche que empareja
 Las más diversas cosas y oscurece.
 A ellos ni muros, ni una humilde teja
 En el vasto arenal les aparece,
 Ni huella de hombre ó bruto, ni vereda
 Que su camino demostrarles pueda.

LVII

Suspensos' algun tanto, se aperciben
 A marchar, y la espalda al mar voltean.
 A poco andar, lejano algo perciben
 En que dudosos rayos centellean
 De oro y plata, que mueren y reviven
 Y la nocturna oscuridad clarean.
 Al luminoso punto se avecinan
 Y qué sea el fulgor presto adivinan.

LVIII

Colgada á un grueso tronco una armadura
 Ven, que la luna hiere intermitente,
 Y brilla más que estrella en noche oscura
 Con oro y pedrería, refulgente.
 En el escudo muestra la luz pura
 Mil figuras en órden, claramente.
 De allí cerca un anciano se levanta
 Que en guardia está, y hácia ellos se adelanta.

LIX

De ambos guerreros fué reconocido
 Del sabio amigo el rostro venerable.
 Cuando hubo el saludo recibido
 Al que correspondió cortés y amable,
 Al mancebo que mudo, sorprendido,
 Le contemplaba, dijo en tono afable:
 "A tí sólo, señor, aquí esperaba
 "Y en esta soledad te deseaba:

LX

"Tu amigo soy, si no lo sabes. Cuánto
 "De tí he cuidado, éstos podrán decirte,
 "Que instruí á que vencieran el encanto
 "Con que intentó el infierno destruirte.
 "Mis voces oye, opuestas á aquel canto
 "De las falsas sirenas, en la Sirte;
 "No te enojen: escúchalas benigno
 "Mientras te habla maestro muy más digno.

LXI

"No á la sombra, señor, en muelle prado,
 "Entre fuentes y flores y belleza,
 "Sino en áspera cima está elevado
 "Nuestro bien: la virtud y su grandeza.
 "Quien no suda y se hiela y apartado
 "Va del placer, jamas llega á su alteza.
 "¿De esa cumbre vivir querrás lejano
 "Cual águila sublime en bajo llano?

LXII

"Si natura elevó tu frente al cielo,
 "Si generoso espíritu te anima,
 "Es para que alto mires, y tu anhelo
 "Las obras sean que virtud sublima.
 "Fuertes bríos te dió, valor y celo
 "No que en alarde vil al pueblo oprima
 "Ni á que torpes deseos saciar prueben
 "Que la sana razon y honor prueben;

LXIII

"Mas que tu alma, fuerte con su ayuda,
 "Venza á sus adversarios exteriores
 "Y á reprimir con más vigor acuda
 "Los vicios, enemigos interiores.
 "Nunca su fuerza el sabio emplear duda
 "En domeñar sus ímpetus y errores
 "Y en gobernarse, y como el caso exija
 "Ya el ánimo refrena, ya lo aguija."

LXIV

Hablaba así y Reynaldo atento oía
 Del sabio el razonar alto y prudente;
 Guardaba sus palabras, y tenía
 Fija la vista en tierra humildemente.
 Su pensamiento el viejo conocía,
 Y añadió: "Hijo mio, alza la frente,
 "Y á ese escudo los ojos dirigiendo
 "De tus mayores vé los hechos viendo.

LXV

"De ellos la antigua fama reseñada
 "En este áspero yermo se te muestra:
 "En pos la tuya quede reservada
 "A esta de gloria espléndida palestra;
 "Alto, alto, aliento cobra; á tu alma osada
 "Aguije lo que aquí pinte mi diestra."
 Dice; mira el doncel como en espejo
 Lo que en el terso escudo pinta el viejo.

LXVI

En breve disco milagrosa ciencia
 Bajo mil formas á su vista ofrece
 De Azio la augusta clara descendencia
 Que en larga serie nunca descaece.
 Comenzó en Roma antigua su existencia,
 Y siempre ilustre y pura permanece;
 El laurel á los príncipes corona,
 Y el anciano su prez y hechos menciona.

LXVII

Muestra á Cayo. El imperio era ya presa
Decadente, de bárbaras naciones:
Al pueblo rige á quien el yugo pesa,
Alza el primero, de Este los blasones,
Y á la gente de extraña fuerza opresa,
Abrigo dan sus ínclitos pendones.
Luego, cuando, llamado por Honorio,
De nuevo el godo invade el territorio,

LXVIII

Y más parece que la ardiente hoguera
De la barbarie á Italia toda abrase,
Y que ya Roma, esclava y prisionera,
Tema arruinada verse hasta en su base,
Muestra que Aurelio libre mantuviera
Al pueblo que con él las armas ase,
Y que Foresto opone su pujanza
Al feroz huno que del Norte avanza.

LXIX

Bien de Atila se ve el atroz semblante,
De dragon con los ojos encendidos,
Y á un can rabioso en gesto semejante,
Parece aullar y oirse sus ladridos.
Vencido luego en duelo el arrogante,
Refugiarse en los haces más fornidos,
Y á la defensa de Aquilea ir presto
El Héctor de la Italia, el buen Foresto.

LXX

Vése despues su muerte. Su destino
Destino es de la patria, y que le herede
De grande padre el gran hijo Acarino
Que al itálico honor campeón sucede.
No á los hunos, al hado, el buen Altino
A más quieta region pasando, cede.
En el valle del Pó mil casas une
Que ántes dispersas, en ciudad reune.

LXXI

Del rio contra el gran curso violento
Le da defensas, y ella se alza hermosa,
Para en futuros siglos ser asiento
De Este á la progenie generosa.
A los alanos vence, y fin sangriento
Contra Odoacro encuentra en lid honrosa.
Por Italia murió. Tan noble muerte
Le asocia al padre en su gloriosa suerte.

LXXII

Con él cayó Aforsio. Muestra el viejo
A Azon en el destierro y á su hermano:
Vuelven con armas ambos y consejo,
Despues de opreso el hérulo tirano.
Muere, de flecha herido el entrecejo,
De Este el Epaminondas, que al tebano
No cede. Alegre muere, pues ver pudo
De Totila el caer, salvo su escudo.

LXXIII

De Bonifacio hablo. Aún pequeño
Valeriano, igualar al padre trata;
Y ya varon, ya de sus fuerzas dueño,
Las góticas legiones desbarata.
Cerca está Ernesto con terrible ceño,
Que al esclavon sus triunfos arrebató;
Mas ántes que él el ínclito Aldoardo
De Monselce excluia al rey lombardo.

LXXIV

Ve á Enrico y Berenguer. Doquiera ondea
Del gran Cárlos Augusto el estandarte,
Allí el primero se halla en la pelea,
Soldado ó capitán, rayo de Marte;
Y Ludovico á quien aquel emplea
Contra el sobrino, rey de Italia en parte,
Al cual vencer y aprisionar consigue.
Oton con cinco hijos luego sigue.

LXXV

Allí Almerico está, que fué creado
 Marqués de la ciudad del Pó señora;
 Devoto al cielo mira y extasiado;
 Fué su mano de iglesias fundadora.
 Enfrente Azon segundo está pintado,
 Que á Berenguer con diestra triunfadora
 Venció tras largo combatir alterno,
 Y de Italia, por fin, tuvo el gobierno.

LXXVI

Alberto, su hijo, en alemana tierra
 Por su valor á Oton tan bien aplace,
 Los daneses venciendo en justa guerra,
 Que le compra por yerno en rico enlace.
 Hugo viene detrás, que á Roma aterra;
 Sus cuernos rompe, su poder deshace,
 Y de Italia despues marqués se llama,
 Y la Toscana por señor le aclama.

LXXVII

Luego Teobaldo y Bonifacio vienen;
 Su Beatriz al último acompaña.
 Hijo varon que herede éstos no tienen
 A tan gran padre en sucesion tamaña.
 Sigue Matilde en quien lugar obtienen
 Prendas que el sexo ó número no empaña;
 Pues valerosa dama es y prudente,
 Sobre cetros y tronos eminente.

LXXVIII

Viril ánimo muestra el rostro altivo,
 Valor firme en sus ojos resplandece,
 Derrota á los normandos; fugitivo
 Guiscard, su antigua gloria le fallece;
 Al cuarto Enrico vence; en donativo
 Al templo el imperial pendon ofrece,
 Y al sucesor de Pedro soberano
 Repone en el excelso Vaticano.

LXXIX

Azon quinto, á quien ella ilustra y ama,
 Está á su lado puesto y la secunda;
 Mas de Azon cuarto en más dichosa rama
 La prole germinaba alma y fecunda:
 A la Alemania va, donde le llama
 Güelfo, su hijo habido en Cunigunda;
 Y el vástago romano bienhadado
 Es de Baviera al campo trasplantado.

LXXX

Allí un gran ramo de Este sávia nueva
 De Güelfo al árbol da, ya macilento:
 En sus Güelfos se ve cómo renueva
 Las coronas y cetros, y contento
 Y del cielo ayudado, ora se eleva,
 Erguido y libre, al alto firmamento.
 Con él confina, con su altura asombra
 Y á Alemania en gran parte da su sombra.

LXXXI

En sus ramas de Italia, florecia
 Con no ménos vigor la nueva planta.
 Bertoldo al par de Güelfo allí se erguia
 Y el sexto Azon sus glorias abrillanta.
 De héroes larga serie parecia
 Que del metal, viviente se levanta.
 A Reynaldo de honor el fuego anima
 Al ver que así su estirpe se sublima.

LXXXII

Emulacion de la virtud divina
 En su alma conmovida se despierta,
 Y delirante, ver ya se imagina
 Ciudad rendida, gente herida y muerta;
 Y combate y victoria, y sangre y ruina,
 Todo presente como en vista cierta;
 Y presuroso se arma. En esperanza
 Ya la victoria usurpa, ya la alcanza.

LXXXIII

Cárlos, que ántes del príncipe heredero
De Dinamarca, le contó la muerte,
Le entrega ahora el reservado acero.
"Tómale—dice—con propicia suerte;
"En pro sólo del númen verdadero
"Usale justo y pio cuanto fuerte:
"Venga á quien dueño del anterior era
"Y así te honró: gran bien de tí se espera."

LXXXIV

Él responde al guerrero: "El cielo haga
"Que la mano á quien arma tal se fia,
"Con ella, como debe, satisfaga
"A cuanto el dueño antiguo merecia."
Cárlos del juvenil ardor se paga
Y le da gracias lleno de alegría:
Sus palabras el sabio anciano acorta
Y al nocturno camino los exhorta.

LXXXV

"Tiempo es—decia—que la marcha emprendas:
"Tu llegada Gofredo espera ansioso;
"Partamos pues; á las cristianas tiendas
"Guiaré vuestros pasos cuidadoso."
Diciendo, al carro sube, ase las riendas,
Síguenle ellos, y pártete presuroso;
Los briosos caballos diestro rige,
Y veloz al Oriente se dirige.

LXXXVI

Callados iban por la noche oscura,
Cuando, vuelto al doncel, dice el anciano:
"Tu altiva estirpe viste en la pintura
"Con sus ramas y el tronco más lejano:
"Aunque á él desde nuevo su ventura
"Héroes le hizo producir lozano;
"Aun no está ni estará jamas cansado,
"Ni la vejez sus fuerzas ha agotado.

LXXXVII

"¡Oh! Si como saqué del seno oscuro
"De antigua edad tus nobles ascendientes,
"Pudiera, penetrando en lo futuro,
"Hacerte ver tus claros descendientes,
"Y ántes que nazcan al ambiente puro
"Del mundo, señalártelos presentes,
"¡Cuántos verias héroes inmortales
"En número y honor á éstos iguales!

LXXXVIII

"Mas de lo porvenir el arte mia
"La verdad, aún oculta, á ver no acierta
"Sino indecisa, en dudas y sombría,
"Cual lejana, entre nieblas, luz incierta;
"Ni por seguro darte es osadía
"Lo que sé de ella, como cosa cierta.
"Que de alguno lo supe que sin velo
"Los arcanos tal vez mira del cielo.

LXXXIX

"Lo que á él reveló la luz divina
"Y él á mí confió solo predigo:
"Jamás de griega, bárbara ó latina
"Prosapia, siglo alguno fué testigo
"Que tantos héroes dió, cuantos destina
"De tu raza á nacer el cielo amigo,
"Que la gloria igualar podrán más alta
"Que á Esparta y á Cartago y Roma exalta.

XC

"Entre todos Alfonso es elegido
"Primero en la virtud, segundo en nombre;
"Hallará al mundo viejo y corrompido
"En que apenas se vea un grande hombre;
"Será tal, que jamas sea excedido
"Ni en la paz ni en la guerra su renombre;
"Y ya la espada ciña ó la diadema,
"A su estirpe dará gloria suprema.

XCI

" Desde niño, en imágenes guerreras
 " De su valor sublime dará muestra;
 " En las selvas terror será á las fieras;
 " Llevará el primer premio en la palestra;
 " Y más tarde en las lides verdaderas
 " Gloriosas palmas ganará su diestra,
 " Y ceñirán sus sienes victoriosas
 " Ya la encina y laurel, ya el mirto y rosas.

XCII

" De su madura edad dignos cuidados
 " Serán fundar la paz, dicha y reposo
 " En sus pueblos felices, sosegados
 " Entre armas de vecino poderoso.
 " Los artistas é ingenios ver honrados
 " En fiestas y en certámen generoso,
 " Pena y premio pesar en fiel balanza,
 " Y ante ver cuanto humano genio alcanza

XCIII

" ¡Oh! si un día á afrontar la impía gente
 " Que infestará las tierras y los mares
 " Y en afrentosa paz, miseramente,
 " Tendrá sujeto el pueblo á sus aduares,
 " Fuese, alzaría los templos reverente
 " Que el bárbaro arrasara y los altares.
 " Justa venganza tomaría y perfecta
 " Del gran tirano y de su inicua secta.

XCIV

" Con huestes mil se le opondría en vano,
 " De un lado el turco, de otro lado el moro,
 " Que llevara al Eufrates y al lejano
 " Nevado Tauro cual veloz meteoro,
 " Y al país do jamas cesa el verano,
 " La cruz, la águila blanca y lirios de oro;
 " Y para bautizar las negras frentes
 " Del Nilo hallara las ignotas fuentes."

XCV

Decía así el anciano, y le escuchaba,
 Lleno de gozo, el inclito mancebo,
 Que la futura prole imaginaba
 Y sentía placer secreto y nuevo.
 La alba en tanto el Oriente ya aclaraba
 Alegre precediendo al rubio Febo,
 Y ya sobre las tiendas se veían
 Las fámulas que al viento se mecían.

XCVI

Dice entónces el sabio á los guerreros:
 " Veis que el sol en Oriente ha ya apuntado,
 " Y os descubren sus rayos placenteros
 " Las tiendas, la ciudad, llano y collado.
 " Libres de riesgo estais; que por senderos
 " Ocultos os condujo mi cuidado:
 " Sin guía andar podeis lo que aun os queda,
 " Y á mí más acercarme se me veda."

XCVII

Dicho esto, atrás se vuelve. Su camino
 Siguen los caballeros, hoy peones:
 Contra el naciente rayo matutino
 Van hácia los cristianos pabellones.
 La fama anuncia al campo el repentino
 Arribo de los tres fuertes varones;
 A encontrarlos Gofredo en el momento
 Sale, dejando el soberano asiento.